

como todos sus predecesores, se ha comprometido a terminar con el narcotráfico. Para ello, el primer paso indispensable es terminar con la policía corrupta que en este momento es tierra de nadie en medio de un fuego cruzado entre el Ejército (convertido en la última esperanza para recuperar el Estado) y los narcotraficantes, que con habilidad y dinero a manos llenas construyeron intrincadas redes de complicidad y poder sobre la base de que nada se movía.

La violencia ha llegado a un punto sin retorno y por primera vez la curva del crimen ha desplazado el gozo del robo por la orgía de la violencia. Cada vez más, el odio aparece en las víctimas. El ataque ya no es únicamente un medio para obtener bienes materiales; es el canal de fuga de un odio social que no vimos a tiempo.

La muerte de Fernando Martí, la sangre de Fernando Martí, es nuestra. El odio que lo secuestró y asesinó es nuestro. Esta situación no es sólo una espiral de violencia que nos conduce al precipicio; es producto de la indiferencia social. No solamente estamos mal porque la policía, los falsos policías, los policías asesinos, puedan establecer un retén en pleno centro de la ciudad y llevarse de manera impune a un niño, sino porque ninguno de nosotros habría hecho algo para impedirlo.

Lo peor no es la orgía de violencia que padecemos ni el fracaso de los políticos y de una sociedad, sino la indiferencia que nos va llevando a un camino sin retorno.

De nada sirven las declaraciones o el grito en silencio del “¡basta ya!”. Es imperativo que los funcionarios de gobierno entiendan y asuman que su principal responsabilidad es garantizar la seguridad de los dueños del Estado, de los ciudadanos. No puede ser un delito menor condenar a nuestra sociedad a la desesperanza y la violencia.

No sólo tenemos un grave problema de violencia. Hemos fracasado como sociedad. Las campanas están doblando por Fernando y por nosotros. —

— ANTONIO NAVALÓN

Ángel Ortuño

Corografía

El canto sin las notas. La sombra
de las hojas sube al árbol.

La mano que se esfuma. El abanico
que cierra sus varillas como si fueran párpados.

Un tajo, el horizonte.
Arriba del rectángulo es abajo. —

LITERATURA

VICENTE LEÑERO: LA VIDA Y LAS FICCIONES

Escribió P.G. Wodehouse: “El éxito de un escritor viene tan gradualmente que es un shock para él.” Ese es el caso de Vicente Leñero que —en mi humilde opinión— es, junto con Ricardo Garibay, un autor potente en muchos géneros. En Leñero se juntan el dramaturgo, el guionista de cine, el novelista, el cuentista, el historiador, el testigo. De sus obras de no ficción se destacan, entre muchas, *Los periodistas* (1978), que trata de los enredos que llevaron a un presidente a complotar con un grupo de cooperativistas del diario *Excelsior* para destituir a la dirección electa de Julio Scherer. Es un texto escrito al calor de los acontecimientos, a la velocidad de los sucesos, como se hace cualquier crónica novelada. Leñero no sólo va urdiendo la trama de la infamia, sino que la comenta porque fue testigo de ella. Y es un excelente retratista de esos personajes que, muy poco después, fundaron la revista *Proceso*. Es una obra que busca dejar constancia de los hechos

que el presidente en turno quería hacer pasar por un pleito entre cooperativistas por la mala administración de unos terrenos en Taxqueña. Y no era así: se estaba jugando el futuro de la libertad de expresión en México. Leñero ahí está, digamos, del lado de la vida.

La otra novela de ese mismo lado es, por supuesto, *Los albañiles* (1963), sobre la existencia de un velador de una construcción en la ciudad de México, que recoge la experiencia de Leñero como ingeniero. Esa novela es la que lo lleva a recibir el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral que el propio Leñero desdeñó un poco cuando contó que sólo era porque la editorial necesitaba que lo ganara un mexicano. Pero es un texto de una enorme calidad formal y estilística. Como lo es *Asesinato*, que cuenta con detalle maileriano el brutal homicidio, el 6 de octubre de 1978, del ex gobernador de Nayarit Gilberto Flores Muñoz y de su esposa, María Asunción Izquierdo, a manos de su propio nieto, un simpático estudiante de derecho. Obra que anunció toda una veta que experimentamos a diario, de Arturo Durazo a la novísima “guerra contra el narco”: el matrimonio de la